

arcángel con una palma en la mano de excesivo resplandor y de admirable hermosura: venia lleno de tanta gloria, que puso en admiracion á la Reyna de los ángeles, y puesto en su presencia con grande reverencia y alegría, le dijo: el Altísimo te saluda, María: Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo: Dios te salve, de las criaturas la mas bendita: Dios te salve, templo del Señor: Dios te salve, arca de la vida: Dios te salve, Reyna del paraíso: la Magestad de tu divino Hijo te espera con todas las milicias del cielo: oyó tus tiernos suspiros, y quiere satisfacer tus ansias amorosas, y dar cumplimiento á tus deseos: de aqui á tres dias pasarás de esta vida mortal á la eterna. Ya toda la corte celestial se queda disponiendo para recibirte con triunfo y magestad, suprema Reyna: recibe esta palma, que del paraíso de Dios te traigo, como blason de las tres victorias que alcanzaste del mundo, por el abismo profundísimo de tu humildad: del demonio, por tu altísima pobreza; y de la carne, por el candor purísimo de tu virginidad. Considera, que fué tanta la alegría que tuvo nuestra Señora con la nueva de su muerte, que no hay lengua que la pueda explicar. Mandó traer muchas velas y antorchas, limpiar la casa, y adornar y componer su aposento y lecho, como quien esperaba las bodas y eterno desposorio de su alma, que en breve se habia de consumir. Mandó convocar á los parientes, amigos y vecinos, para que se alegrasen de su alegría, y la diesen el parabien de su dicha. ¡Qué de cosas tienes, alma cristiana, que pensar, y qué de provechos que sacar para tu mayor bien! Pon lo primero los ojos de tu consideracion en aquellas ansias y abrasados deseos que tenia de verse con su santísimo Hijo; pues, eran tales, que la hacian suspirar y clamar de noche y de dia, no obstante que tenia tan seguro el premio, la gloria y el descanso: con cuánta mas razon debemos nosotros clamar sin cesar; porque nuestros pecados son muchos, y nuestro fin incierto, y nuestra causa dudosa, y de su conclusion pende la eternidad de vida ó de muerte.

517. Considera cómo á nuestra Señora le diéron tres dias de término, no para que se dispusiese, porque siempre lo estaba: sino para nuestra enseñanza, dijo San Vicente Ferrer, por los cuales tres dias has de entender la confesion, la comunión y la extrema-uncion; á estos sacramentos se llaman dias, dice el Santo, porque siempre andan con la gracia. Estos son los dias que se nos dan, para que en ellos nos pre-

paremos y dispongamos para aquel último tránsito; y aunque la extrema-uncion no se recibe hasta la hora última: pero la junta el Santo con las ordinarias confesiones y comuniones, para que entendamos, que siempre que confesamos y comulgamos lo hemos de hacer con tal disposicion, como si luego hubiéramos de recibir la extrema-uncion para morir. Mira tambien la alegría que le causó á nuestra Señora la nueva de su muerte, pues, la celebró con tantas demostraciones, y convoca sus parientes y amigos para que se la ayuden á celebrar. En donde puedes pensar que les diria, llena de gozo y alegría: hijos y amigos, sabed que os llamo para comunicarnos mi contento, y haceros participantes del singular gozo de mi corazón: sabed que ya está mi muerte cerca: ya darán fin muy presto los dias de mi vida mortal; porque mi Hijo determina sacarme de ella, y llevarme á la eterna: dadme los parabienes de tan grande nueva y de dicha tan feliz. Mas, ¡ó altísima Reyna y Señora del mundo! (puedes entender que le respondiéron todos á una voz;) que os alegréis, Señora, con la nueva del morir, no lo estrañamos; porque en vuestra muerte empezareis á vivir una vida de tanta gloria y excelencia, cuanta jamas gozará pura criatura: que os alegréis con la nueva de vuestra muerte, que mas ha de ser suavísimo sueño que muerte: que os alegréis con la nueva de vuestra muerte, porque sobre toda la grandeza de vuestra santidad, de vuestras virtudes y excelsos méritos, sobre el ser verdadera Madre de Dios, confirmada en gracia, y asegurada para inmensa gloria; oir, al nuncio del cielo, que vuestro Hijo os espera con todas las celestiales gerarquías, y que toda la corte de la triunfante Jerusalem os aguarda para recibiros en glorioso triunfo; es justo que os alegréis con la nueva de la muerte, cuando os traen por delante la palma de la victoria y vencimiento glorioso de vuestras heroicas hazañas, es justísimo. Mas, ¡ó Madre de piedad y misericordia! ¿Cómo se han de alegrar los desterrados hijos de Eva, que dejais en este mundo de miserias, cercados de tantos males? ¿Cómo se han de alegrar los pecadores, cuya muerte es amarga, cuya cuenta es estrecha, cuyo juicio es tremendo y formidable, cuyo fin es incierto, sin saber lo que entónces los espera? ¿Cómo se han de alegrar aquellos, que atendiendo á su vida, no hallan otra cosa que pecados: que mirando á la muerte, solo atienden angustias; y considerando el juicio, solo encuentran temores? ¿Cómo se han de

alegrar sin vos, viendo que os vais, siendo toda la esperanza de los pecadores, el consuelo de los afligidos, el auxilio de los cristianos, y el refugio universal de todos? Estas razones y otras muchas puedes considerar que le dirian todos á María santísima, derramando muchas lágrimas de sentimiento: que la Madre de las misericordias los consolara, prometiéndoles su amparo y proteccion en vida y en muerte. Ea, cristiano, clama tú tambien á esta Señora, ponle por delante las miserias de tu vida y los tormentos de tu muerte; y clama sin cesar, que tambien serás oido, amparado y favorecido de su misericordia.

518. Considera cómo nuestra Señora, despidiéndolos a todos con su amor y cariño, los cita para el tercero dia, y entónces, acompañada de algunas vírgenes, que habia criado y enseñado para Dios, salió del cenáculo, y se fué al monte Olivete, para hacer oracion en donde la habia hecho su santísimo Hijo ántes de morir, y empezó su oracion de esta manera: altísimo Señor y Dios mio, nunca yo fuera digna de recibirlos en mis entrañas, si la grandeza infinita de vuestra misericordia, acordándose de mi pequeñez, no me hubiera hecho vuestra Madre. ¡Mas ay, Señor y Padre celestial! Guardé vuestro tesoro y el depósito que habeis puesto en mí, y ahora soy llamada á la muerte. Por tanto (¡ó Rey de inmensa gloria!) os ruego, altísimo Señor y Dios mio, por toda la militante Iglesia, y por todos los hijos de ella, que los asistais con los auxilios de vuestra gracia; y á los apóstoles y discípulos de mi Señor Jesu Cristo, que los traiga vuestra divina virtud á mi presencia ántes de morir. Vuestro altísimo beneplácito se cumpla, Señor Dios mio, siempre bendito y glorioso en los infinitos siglos. Hecha esta oracion, se volvió nuestra Señora al cenáculo; y este mismo dia, que era domingo, estando San Juan evangelista en Efeso predicando, como á la hora de tercia hubo de repente un terremoto grande, y apareció una nube, y le cogió de enmedio de todos, y le llevó á la puerta del cenáculo, en donde estaba nuestra Señora. Entró, y postrado delante de su Magestad, la saludó con profundísima reverencia. Se alegró grandemente la sacratísima Reyna con la venida del santo apóstol, y le dijo: hijo Juan, acuérdate de lo que te dijo mi Hijo y tu Maestro, estando pendiente de la cruz: sabe que dentro de tres dias ha de salir mi alma de este mundo, que así me lo ha revelado mi precioso Hijo; y así cuida de mí, como te

lo encargó tu Maestro. Dicho esto, entró nuestra Señora en su retrete, y le mostró á San Juan la vestidura en que se habia de amortajar su sacratísimo cuerpo, y asimismo la palma, ordenándole, que la llevasen delante de su féretro cuando la llevasen al sepulcro. Oidas estas razones, fué muy grande el sentimiento del sagrado apóstol, y despues de haber derramado muchas lágrimas de sentimiento, en todo se conformó con la divina voluntad; que los que aman á Dios, no quieren otra cosa que lo que Dios quiere. En esto iban llegando, ó ya por ministerio de los ángeles, ó de una nube, los sagrados apóstoles, que cuando se viéron juntos á la puerta del cenáculo, fué grande la admiracion que les causó, ignorando la causa. ¿Qué es esto? se preguntaban: ¿qué fin tendrá el Señor de habernos traído aquí? Levantóse una piadosa contienda entre aquel humilde y santo rebaño, sobre quién habia de ser el primero que hiciese oracion, para que el Señor les descubriese el fin de haberlos traído por milagro de tan lejas tierras, donde estaban en el ministerio de la predicacion. Miétras mas justo fueres, mas humilde serás; y miétras mas humilde, mas santo. En esto estaban, cuando llegó San Juan á llamarlos de parte de nuestra Señora: entraron todos á su presencia, y la saludaron con profunda reverencia; y la soberana Reyna les dijo: la paz del Señor sea con vosotros, hermanos y escogidos de Dios: sabed, que el Señor os ha traído á Jerusalem para que me asistais en la última hora de mi vida, por cuanto ya insta mi muerte; y así os ruego, que todos unánimes y conformes perseverais en oracion y divinas alabanzas hasta que se llegue la hora de mi tránsito. Mira cómo obedecieron al mandato de nuestra Señora, y considera cuán fervorosa seria esta oracion. Llega esta á la tuya, para que sea oida y admitida en el divino acatamiento.

519. Considera cada cosa de estas en particular, para que de todas saques provecho para tu alma. Mira lo primero, que nuestra Señora, sabida la hora de su dichosa muerte, se fué á orar al monte Olivete, para imitar en todo á su divino Hijo, y para armarse con la consideracion de los agonías del Señor, de su prision, pasion y muerte, para darnos egemplo de cómo hemos de entrar en la última batalla, cómo nos habemos de preparar para aquella hora, para nosotros tanto mas temerosa, cuanto mas descuidada nuestra vida. Piensa lo segundo, cómo hace oracion nuestra Reyna y Señora, para que el Señor le traiga los apóstoles, que le asistan y hagan

oracion con su Magestad, á imitacion de su divino Hijo, que cuando quiso morir, los tuvo consigo, y les mandó que velasen y orasen con su divina Magestad, y le acompañasen en sus agonías. Considera aquí cuán terrible trance es aquel, pues hasta el mismo Señor, y su santísima Madre se previenen de compañía para entrar en él; ¿qué hará allí una alma sola y pecadora? Prevengámonos con tiempo, y solicitemos la asistencia de los santos, y de la Santa de los santos, para que hagan oracion por nosotros en aquel peligro, porque si se yerra, será eterno el yerro; y si se acierta, será sin fin el descanso. ¡O dichosa y mil veces dichosa el alma que consiguiere para entónces la asistencia é intercesion de María santísima! Solicitémosla desde ahora con cuidado y desvelo para tenerla de nuestra parte entónces. Mira otrosí la prevencion de la Reyna de los ángeles para su muerte, que se reduce á una mortaja, y una palma, que quiere vaya delante de su entierro. Otra cosa no se hallaba en aquella santa recámara, sino mortaja y palma de victoria. Y ahora has de atender á las vanidades de mundo, á las camas muy ricas, á los tapices, colgaduras, alfombras, escritorios, espejos, y alhajas esquisitas y curiosas; y sabe, que otra cosa no has menester para la muerte sino una mortaja, y con ella la palma de las victorias; porque está escrito que no se coronará sino el que legítimamente pelear y venciere. Esta palma has de procurar ganarla de antemano, para que vaya por delante; porque si aguardas á conseguirla en la muerte, ya sabes que quien sano no pelea ni vence, ménos peleará cuando estuviere enfermo y vencido.

520. Considera con los santos referidos, cómo los sagrados apóstoles se pusieron en oracion; y la oracion, dice San Vicente Ferrer, que era el salterio, el cual repetian y rezaban muchas veces todos aquellos tres dias. La santísima Reyna tambien oraba, y su oracion era en esta forma: Señor Dios mio, bendito sea el santo nombre de tu gloria, alabado y glorificado en los siglos, pues te dignaste escogermel humilde esclava tuya, y encomendarme el secreto de tu altísimo misterio. ¡O eterno Rey de gloria! Vos sabeis, Señor mio, que con todo mi corazon os amo, y que con todo cuidado guardé el tesoro que habeis depositado en mí. Ya vengo á vos, Dios mio, recibid á vuestra esclava, y no tarde, Señor, esta hora para mí tan deseada. Con estos afectos y encendidos deseos de unirse para siempre con su amado, oraba la

santísima Virgen. Así se le pasaron los dos primeros dias, hasta que llegando el tercero, y creciendo en la sacrosanta Virgen mas y mas las ansias y llamas de encendido amor, seria como la hora de tercia cuando se empezaron á oír músicas de ángeles suavísimas, y dulcísimas canciones de melodía y suavidad soberana. Sintióse tanta fragancia y olor, que inefablemente confortaba y recreaba los ánimos de los apóstoles, de las vírgenes, y de los que allí se hallaban. Llenóse de tanta luz, claridad y blancura entre candores celestiales de tanta hermosura, que ninguno de los mortales puede explicar: y en esto bajó Cristo nuestro Señor personalmente (dice San Vicente Ferrer,) acompañado de innumerables ángeles y bienaventurados; y entrando al retrete donde María santísima estaba reclinada en su pobre lecho, le dijo estas palabras: venid, escogida mia, paloma mia, amiga mia, margarita preciosísima, venid, y entraremos en el tabernáculo de la vida eterna. Fué tanta la dulzura y suavidad de estas palabras, tanta la gloria con que el Señor se mostró á su Madre, tanta la hermosura, y tan viva la llama de amor que se encendió en el alma y corazon de nuestra Reyna soberana, que abrió puerta á la muerte, y camino á la eternidad de la gloria. Procura hallarte á esta dichosa muerte con la consideracion; que sin duda, ademas de la dulzura que experimentará tu espíritu, aprenderás á morir bien, que es la felicidad mayor que hay en esta vida, y principio de la que siempre durará.

521. Considera cómo á este tierno y amoroso trance estaban todos los sagrados apóstoles y otros muchos discípulos del Señor, cercanos á la amorosísima Virgen María; y aunque no falta quien diga, que no hubo allí lágrimas, porque la muerte de la Virgen era ir á las bodas eternas, á gustos, á regalos, y á eterno descanso, y que solo hubo himnos de alabanza y de gloria; no obstante has de considerar, que no pudo faltar el sentimiento natural de ver que se les iba su Madre, su Señora, su consuelo, y todo su amparo. Bien sabian que caminaba al cielo, al mas supremo lugar sobre las puras criaturas; pero considerábanse tristes y solos sin su apacible comunicacion, y dulce compañía. En medio de estas consideraciones has de pensar, que los corazones de los apóstoles salian por los ojos deshechos en lágrimas. Lloraban de contento de verla partir con tanta gloria; y á ese mismo tiempo sentian su ausencia, porque habian experi-

mentado la dulzura de su trato. Enterneciáanse de ver una muerte tan dulce, tan sosegada, tan quieta, tan santa, tan devota, tan celestial, tan prodigiosa y tan divina; y tenían una envidia santa de tan soberana felicidad, y de tan dichoso y bienaventurado fin. Por otra parte quién duda que dirían: ¿quién nos resolverá nuestras dudas, faltándonos María? ¿Quién nos dará aliento en nuestras tribulaciones y trabajos? ¿Quién nos dará tan saludables consejos, como de su bendita boca oíamos? ¡O qué lágrimas tan dulces! ¡O qué sentimientos tan regalados, dulces y en extremo sabrosos! Cada uno llegaría puesto de rodillas, á pedirle su ayuda y favor, suplicándole le diese su santa bendición. No nos olvidéis, Madre y Señora: acordaos de nosotros, Emperatriz soberana, que desterrados y huérfanos quedamos en este miserable valle de miserias. Tú, cristiano, que vas considerando la dulzura y suavidad de este tránsito atiende á que la Virgen, llena de piedad y blandura, les respondería á todos: hijos míos, no desmayéis: perseverad con valor y fortaleza en el camino comenzado: tratad con pureza la predicación del evangelio de mi Hijo, y no desistais del bien de la conversión de las almas, que yo no os faltaré, porque en mi corazón os llevo escritos y estampados. La bendición, hijos míos, de la suma bondad del Eterno Padre, y de mi amado Hijo, y de mi dulce Esposo el Espíritu Santo, y mía quede con vosotros. Amen. ¡O qué lágrimas! ¡O qué sollozos! ¡O qué suspiros habría en aquella santa compañía! Llega tú también, alma mía, á pedir mercedes, que como Madre tan piadosa y benignísima, no saldrás vacía de favores.

522. Considera con el señor San Vicente Ferrer, cómo los santos apóstoles en medio de tantos y tan dulces afectos, no dejaban incesantemente de orar y repetir muchas veces el salterio; y esto lo hicieron, dice el Santo, no porque nuestra Señora tenía necesidad de su ayuda, ni de sus oraciones, porque su Magestad la hacía mas eficaz por todo; sino para nuestra enseñanza, para que en aquella hora apartemos de nosotros todos los cuidados del mundo, de parientes, mugeres, hijos y amigos; porque con sus lágrimas y sentimientos entibian el ánimo del moribundo, y solo se deben traer entonces personas religiosas, y virtuosas, que recen las divinas alabanzas, y digan algunos pasos de la pasión del Señor, que con esto se esfuerza el enfermo, y se acuerda de

la sangre de Jesu Cristo derramada por él, se alienta á la esperanza, y excítase al agradecimiento y amor. Y lo que yo sé decir es, que debias ordenar, que en contorno de tu cama se estuviese rezando el salterio de la ley de gracia; esto es, el santísimo Rosario de María santísima, meditando los misterios sagrados. ¡O qué consuelo y ayuda tan grande para el enfermo! ¡Dichoso el que muriese entre semejantes coros y alabanzas, en donde se está invocando el auxilio de la Reyna de los ángeles, y se están refiriendo los misterios de nuestra redención, poniéndoselos por delante á al Señora, para que se mueva á piedad y misericordia! ¡O si cuando vamos á ver los enfermos, halláramos al rededor su cama muchos pobres que se egercitasen solo en esto, y que por ello se les repartiera buena limosna, que con eso concurrirían muchos, y así murieran los pecadores entre coros de alabanzas, y no entre suspiros y gemidos impertinentes de hijos y familias, que quizás muchos lloran violentos, y otros por particulares intereses! No seas tú de estos devotos de la Virgen; llama pobres que te cerquen, rezando siempre á coros el santísimo Rosario: ten con ellos un sacerdote, que vaya explicando los soberanos misterios que contiene. Esto has de procurar oír en aquella hora, que así tendrás presente los beneficios que por ti hizo tu Redentor, para que así te alientes á confiar en un Dios que te ama con infinito amor.

523. Considera ahora en la dulcísima y santísima muerte de tu Reyna y Señora, que fué á la medida de su vida purísima. Habiéndola convidado su santísimo Hijo con aquellas tan amorosas y dulces palabras, fué tanta la llama, y tanta la fuerza del amor, que arrebatada aquella alma santísima en la contemplación de la bondad y hermosura del Señor, desamparó el cuerpo, y como rayo encendido, se fué á su centro que es el corazón de Dios, verificándose aquí real y verdaderamente lo que dijo el Espíritu Santo en los cantares: * que era fuerte el amor como la muerte. Mira aquí lo primero, cómo así que la soberana Virgen rindió el alma en manos de Jesu Cristo, ¡cuál sería la priesa, el fervor y devoción de aquella santa compañía! Llegaban los sagrados apóstoles, y llenos de lágrimas de devoción y ternura, besaban aquellos sagrados piés, que siempre fueron encaminados á hacer de Dios la voluntad, y á mirar el provecho y bien de

* Cantic. viii. 6.

los mortales: otros á besar y poner sobre sus ojos aquella ropa santa; y los que mas no podian, postrados besaban el suelo que pisó la soberana Virgen. ¡O qué muerte tan dichosa! Muerte sin enfermedad, sin congojas y sin dolor; porque, como dice San Juan Damasceno,* ninguna pura criatura estuvo tan bien dispuesta para morir. La vida le era penitencia penosa, y el morir ganancia. Deseaba salir de la cárcel del cuerpo, y verse libre en los brazos de su Hijo y Esposo; y este deseo, y el amor que á Dios, tenia le quitó la vida. Murió de amores de Dios, como dice San Alberto Magno,† sin otra enfermedad ni achaque alguno. Fué muerte en todo dichosa; porque fué sin tentaciones, ni visiones del espíritu de tinieblas, privilegio á pocos ó á ninguno de los santos concedido; porque si Cristo permitió al demonio que se hallase presente á su muerte, y estuviese en un brazo de la cruz, como dice el máximo de los doctores San Gerónimo, hasta que espiró; no era mucho que los santos padecieran este trabajo, como se lee que le padecieron San Martin y San Bernardo; mas la soberana Virgen fué privilegiada en esto, dice San Lorenzo Justiniano,‡ porque no habiendo consentido Dios que el demonio se le atravesase en la vida, tampoco habia de permitir que se atreviera en la muerte, mayormente estando su cama rodeada de los sagrados apóstoles, de ángeles, y del mismo Hijo de Dios y suyo. Aquí tienes, cristiano, buen dechado para aprender á morir bien: lleva los trabajos de la vida con paciencia, y morirás con alegría; porque si vivieres como la tórtola, é imitaras esta cándida paloma en lo posible, gimiendo en este valle de miserias, vendrás á morir como el cisne cantando. Les temores de la muerte nacen de la mala vida: procura tenerla buena, y hacer penitencia de la mala, y así no tendrás por qué temer. Procura tener para aquel punto muchos valedores, haciendo en lo que te quedare de vida grandes servicios á Dios, y á su Madre santísima, á los ángeles, á los sagrados apóstoles, y á todos los santos, para que así se hallen á tu cabecera el dia de tu muerte; que así será, no muerte triste y penosa, sino tránsito feliz y dichoso para la pacífica mansion de la vida eterna.

* Damasc. orat. 2. Dom. Vir.

† Albert. Mag. in Moral.

‡ Sanct. Laur. serm. de Assumpt.

524. Considera cómo al punto que aquella dichosa alma dejó su santísimo cuerpo, la recibió Cristo nuestro bien, como lo afirma San Atanasio, el Damasceno, San Anselmo, Sofronio y otros; y luego comenzaron las capillas de los ángeles á entonar motetes y canciones con suave melodía: unos dulcemente cantaban salmos, otros respondian con himnos de alabanza y alegría; y los sagrados apóstoles estaban como absortos y extáticos, oyendo tan dulce y sonora consonancia. ¡Qué solícito y cuidadoso debes pensar que andaria el arcángel San Gabriel, ordenando fiestas y regocijos, juntando tropas de espíritus celestiales, que fuesen á dar el parabien á la Reyna de todos! Allí llegarían, como dice San Atanasio, con varias saluciones á darle el pláceme de su felicidad y gloria. Unos la saludarian con la salutacion del Ave María, en que está cifrado todo su bien y grandeza: otros le darian la enhorabuena de las maravillas que Dios habia obrado en ella: otros se alegrarian de ver que iba á morar en su compañía, á ser vecina de la Jerusalem triunfante, y con sumo gozo le dirian: tú eres la gloria de Jerusalem:* tú la alegría de Israel: tú de nuestro pueblo la honra. Otros admirados de verla en los brazos del mismo Dios, reclinada en el pecho de su amado, absortos en tanta admiracion, preguntarian: ¿quién es esta, que sube del desierto tan llena y abundante de deleites y gozos? ¿Quién es esta, que viene estribando en su amado, y la trae en palmas su mismo Dios? ¿Es posible que del desierto del mundo, donde no se producen sino espinas, abrojos, dolor, trabajos y penas, suba tan llena de riquezas, prosperidad y abundancia de deleites, virtudes y méritos? Admiracion es, que suba el mendigo Lázaro en brazos de los ángeles á ser colocado en el de Abraham;† pero esta Princesa celestial sube en los brazos del mismo Dios á ser colocada á la diestra de su Hijo santísimo. De este modo subió, y llegó al empíreo la Reyna de los cielos. Procura, cristiano, levantarte de la tierra, para que participe tu alma alguna partecita de la dulzura y alegría de este triunfo, acompañándolo tú siempre con la devocion que mas le agrada, que es su santísimo Rosario bien rezado, considerado y meditado.

525. Considera cómo nuestra Señora llegó al empíreo con este triunfo, alegría y música de los espíritus celestiales, y

* Judith xvi.

† Luc. xvi.